LA CIUDAD DE LOS ARQUITECTOS

Llatzer Moix

Anagrama

"Si tienes que elegir entre contar la realidad o la leyenda, escribe la leyenda." Más o menos esto venía a decir un personaje de una de las últimas películas de John Ford: "El hombre que mató a Liberty Valance". En Barcelona tomaron buena nota de la sugerencia del maestro irlandés; y la reciente y admirable crónica de la arquitectura de la moderna Ciudad Condal, según nos relata el periodista y escritor Llatzer Moix en "La ciudad de los arquitectos" (Anagrama), parte de ese presupuesto.

Obviamente, la mítica de lo legendario obliga, desde su propia estructura, a una cierta idealización de la realidad; pero no es menos cierto que debe asumir al mismo tiempo una férrea disciplina interna, consecuencia de su propia ambición: la infatigable búsqueda del canon.

En el territorio específico de la arquitectura, Barcelona se ha convertido en una especie de Camelot de finales del siglo XX. Seguramente, más cercano al ambiguo concepto de la ética post-ingenua impuesta por el clan Kennedy (a todos, las relativamente recientes desapariciones de esos dos ejemplos de matriarcas "avant la lettre" que fueron Rose y Jackie K. nos han venido a recordar ese otro Camelot, entendido como escenografía política, que fue el Washington de los años sesenta), que al mito artúrico original; pero igualmente repleto de torneos, paladines, hechiceros y "fair ladies", pese a que en el caso catalán, éstas sean más "rubias" que "imparciales".

Llatzer Moix, desde su puesto de coordinador de la sección de Cultura de La Vanguardia de Barcelona, ha asistido con atención e interés no exento de fascinación al proceso de evolución de la ciudad; y en su libro, escrito con un estilo incisivo, directo y repleto de grandes dosis de sentido del humor, nos invita a un ameno y complaciente paseo a lo largo de las actuaciones urbanas más significativas de la nueva urbe. Han leído bien: sentido del humor, amenidad... En un libro que se ocupa y preocupa por la arquitectura no deja de ser una reconfortante novedad; desde los tiempos de Tom Wolfe y su "From Bauhaus to our house" (1981) - que aquí alguien alocadamente tradujo por: "¿Quien teme a la Bauhaus feroz?" y se quedó tan tranquilo - no había vuelto a ocurrir.

Tanto Moix como Wolfe se acercan a la disciplina arquitectónica con una nueva mirada, desde luego más sardónica que airada, pero probablemente más eficaz a la hora de transmitir las posiciones e inquietudes de los representantes más interesantes de la nueva arquitectura. En este empeño, la mayoría de los arquitectos refugiados en su propio confort intelectual llevan fracasando sistemáticamente desde hace ya demasiado tiempo.

Las diferencias entre ambos autores se establecen cuando eligen su punto de vista. Wolfe lo hace en plano secuencia de alcance largo (relato informal del último medio siglo de arquitectura, que comprensiblemente irritó a los fundamentalistas habituales, dedicados a maquillar convenientemente el único género que dominan: la hagiografía). Llatzer Moix, por el contrario, elige el primer plano, aplicado a determinados enclaves y a sus creadores; y siempre desde la óptica del mejor ángulo. Para Moix, los arquitectos catalanes son, sobre todo, los imponentes sumos sacerdotes de un nuevo y fascinante culto por lo urbano; y que nadie quiera entender intención peyorativa alguna; es sólo merecido reconocimiento, aunque en muchos casos no puede ser del todo incondicional. Por el contrario, para Wolfe, situado en el otro extremo del mismo abanico, la figura del arquitecto se asoció con el viejo y despótico mandarín, perverso personaje que ni siquiera en la opereta resulta simpático.

Todo este planteamiento hace de "La ciudad de los arquitectos" un libro fácilmente visitable y de gran valor informativo, pese a la notable pobreza de su material gráfico. Pero sobre todo, hay que felicitar a su autor por la audacia de enfrentarse a un mundo excesivamente críptico de una forma tan refrescante como divulgativa. Lo que viene a demostrar que dentro de los medios de comunicación no todo está perdido para la arquitectura; aún existen caballeros andantes dispuestos a defender a una vieja dama.

José María Fernández Isla

LUIS BARRAGÁN. OBRA COMPLETA

Varios autores

Tanais arquitectura

Como colofón a la muy interesante muestra que la sala de exposiciones del MOPTMA dedicó este pasado invierno a la obra del arquitecto mexicano Luis Barragán, la editorial Tanais Arquitectura (sabia y cuidadosamente dirigida por Guillermo Vázquez Consuegra), en colaboración con el Colegio de Arquitectura de Ciudad de México y el Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente español, co-presentaron esta publicación donde por primera vez se aborda el recorrido completo por la obra de Barragán.

La ocasión no puede ser más oportuna, dado que, por excesiva simplificación, Luis Barragán corría el riesgo de convertirse en el simbólico "buen salvaje" de una cierta arquitectura indigenista, más cercana a esa edulcorada retórica que suele acompañar a la literatura fácil (los adjetivos que más se utilizan al describir su obra suelen ser "poético" y "luminoso") que al creador sutil y sereno; y desde luego, más próximo en espíritu al espacio reflexivo que representan nombres como Chirico, Mendelshon o Asplund.

Sin duda, a esta confusión contribuyó tanto la famosa exposición como el aún más conocido catálogo que en 1976 le dedicó el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el todo poderoso MOMA, en donde Emilia Ambas oficiaba como comisaria (arquitecta, por cierto, que en la actualidad prefiere no hablar en público sobre la obra de Barragán, dada las complicaciones legales que dicha muestra ocasionó frente a los herederos del colega mexicano).

Bien es verdad que la exposición del MOMA, memorable en muchos aspectos (sin ella Barragán probablemente seguiría siendo un perfecto desconocido), se limitaba a recoger únicamente siete proyectos y que el ya mencionado catálogo los presentaba dentro de una estética muy cercana al gusto norteamericano.

Hasta cierto punto el error no deja de ser comprensible, dado que inconscientemente permitía que la indiscutible resonancia intimista de una labor exquisita terminase por ocultar la preocupación por un modo de construir arquitectura. Y en cierta medida era esta carencia en la aceptación de lo elemental como lenguaje específicamente arquitectónico, a la vez que declarada voluntad de renuncia frente a lo innecesario, lo que hasta el momento no nos dejaba asumir en profundidad la compleja sencillez que esconde la obra de Luis Barragán.

Por ello, ante la aparición de esta nueva publicación no cabe más que felicitarse, no sólo por la ingente labor de recopilación a la que generosamente nos deja asistir, sino también, y más que nada, por la difícil serenidad al enfrentarse a una obra generosa donde no hay cabida ni concesión al artificio gratuito. Tres excelentes ensayos: "Entre ver y Mirar", de Antonio Toca Fernández; "El Espíritu del lugar", de José María Buendía y "Post Scriptum: arboleda y muro", de Antonio Fernández-Alba, conviven con inteligencia y dignidad (no podía ser de otra forma) con los testimonios del maestro mexicano.

José María Fernández Isla

LAS VARIACIONES DE LA IDENTIDAD. ENSAYO SOBRE EL TIPO EN ARQUITECTURA

Carlos Martí Arís

Ediciones del Serbal

Carlos Martí es profesor de proyectos en la Escuela de Arquitectura de Barcelona y el libro constituye una reelaboración de su tesis doctoral. Originariamente se publicó la edición italiana y posteriormente la versión española.

En realidad tiene una finalidad didáctica en el sentido de ser un complemento de su labor académica, pues pretende erigirse en instrumento de diseño. Ese afán y esa intencionalidad de que la teoría adquiera un carácter operativo ya lo pone de manifiesto Giorgio Grassi en su corto prefacio: le aplica el término "practicidad". A semejanza de C. Alexander en su ya lejano "Ensayo sobre la síntesis de la forma", aunque desde una perspectiva muy distinta, presenta un corpus teórico, pensado para que influya directamente en el acto de proyectar a base de suministrar ideas motrices.

Alrededor del concepto de tipo expone una serie de ideas encaminadas a sacar provecho de su estudio. Se trata de extraer lecciones de la historia que nos permitan afrontar la proyectación sin caer en mimetismos estériles. El tipo se refiere a una serie de correspondencias presentes en diferentes obras a través de épocas diversas. Puesto que supone un buen grado de abstracción (la identidad), admite y propicia las variaciones. En realidad está en su misma raíz la idea de múltiples desarrollos, los cuales, sin traicionar la esencia, dan lugar a soluciones específicas y, por lo tanto, dentro de un suficiente margen de libertad. Cada transformación se realiza a partir de una estructura básica aunque alterando parte de sus principios. Así, se habla de transgresión del tipo. Y a partir de un repertorio de estructuras elementales y aplicando diversas modalidades de operaciones de transformación se llega a determinados resultados. Esos desarrollos son, pues, elementos de construcción teórica de nuestra disciplina. Subyace una preocupación constante por alinear la arquitectura dentro de las actividades humanas susceptibles de transmisión de conocimientos, incluso en su vertiente creativa. Propone el estudio de los materiales históricos desde la perspectiva del tipo y su consiguiente reutilización, alejada, sin embargo, de la rutina de la tradición y de la aplicación de fórmulas repetitivas. Se trata de hallar en la historia una serie de referencias, que se manifiestan a lo largo del tiempo, para que nos aporten un bagaje previo de ideas en orden a asegurar un camino de diseño de una solidez contrastada.

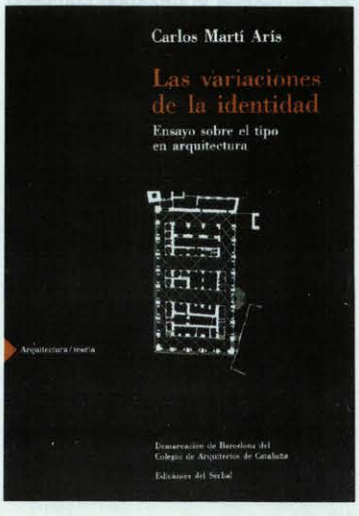
Aunque moviéndonos en planos distintos, podemos enumerar, a título de ejemplo, las ideas de centralidad y direccionalidad (lugar y camino) las estructuras centralizadas, lineales, hipóstilas, claustrales, reticulares, los tipos conventual y basilical, la ciudad y la casa romanas, la casa gótica mercantil, el palacio urbano renacentista, la casa patio, etcétera, así como sus diversos mestizajes.

Ahora bien, pone de manifiesto el carácter descomponible de la arquitectura moderna frente al monolitismo de la tradición; y estas diferentes actitudes se reflejan en la utilización del tipo. A este respecto es clarificador el análisis comparativo realizado por C. Rowe entre una villa de Palladio y otra de Le Corbusier.

Enmarca el tipo dentro de tres grandes nociones universales atribuibles a la arquitectura. Los otros dos son los elementos o partes de un edificio y las relaciones formales entre ellos. Pasa revista al estructuralismo aceptando su validez aplicada a la disciplina, pero marcando distancias y criticando el componente semiótico al rechazar la comunicabilidad de la obra arquitectónica.

Establece relaciones, de concomitancia o divergencia, entre tipo y las nociones de estilo, modelo, estructura, forma, clasificación y lugar. Aboga por anular la dicotomía entre ciencia y arte; y para ello estudia y se apoya en Karl Popper y, concretamente, en su línea de pensamiento referente a la dimensión cognoscitiva del arte. La "teoría de los tres mundos" del filósofo se refiere, respectivamente, a los objetos físicos, las experiencias subjetivas y los enunciados y teorías. Acerca de ese mundo pretende incidir para servir de herramienta de proyecto. Si aceptamos, es mi hipótesis, que todo el caudal de conocimientos y teorías del arquitecto, junto a las cualidades de imaginación y sensibilidad, son los tres parámetros básicos para afrontar la labor proyectual, podemos pensar que una mayor proporción del primero minimiza o recorta, en cierta forma, el papel del segundo. De manera análoga, el estudio de la geometría, y específicamente de las proporciones, puede coadyuvar en el tercer ingrediente.

Dedica una parte al estudio de la evolución en la obra de Mies. Es la ejemplificación de un caso que parece responder a la cuestión de fondo de proporcionar al arquitecto unas apoyaturas. El libro ofrece el camino de la lectura inteligente de la historia a través de la noción del tipo; pero, en otro orden de ideas, está la línea de basarse en la trayectoria anterior del propio arquitecto, la cual implica un lento y continuo proceso de mejora. En cualquier caso, el objetivo final es la búsqueda de la perfección de la obra, uno de cuyos senderos es el de potenciar el componente intelectual del diseño, objeto central del estudio.

Es de agradecer la claridad expositiva, perfectamente compatible con el rigor y la profundización en los conceptos. Carlos Martí realiza un interesante ejercicio y, a su vez, el libro resulta interesante.

Josep Oliva Casas